

Yo, luego que advertí que el barco se hundía, trepé á la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablón del que me así con todas mis fuerzas, porque había oído decir que valía mucho una tabla en un naufragio; pero apenas la había tomado cuando me ví sobreaguar, y á la luz macilenta de un relámpago, ví frente de mis ojos acabarse de ir á pique todo el buque.

Entonces me sobrecogí del más íntimo terror, considerando que todos mis compañeros habían perecido y yo no podía dejar de correr igual funesta suerte.

Sin embargo, el amor á la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas, y afianzado de la tabla, haciendo promesas á millones é invocando á la Madre de Dios bajo la advocación de Guadalupe, me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado á la discreción de las olas y de los vientos.

Unas veces el peso de las olas me hundía y otras el aire contenido en los poros de la tabla me hacía surgir sobre la superficie del agua.

Como hora y media batallaría yo entre estas ansias mortales sin ninguna humana esperanza de remedio, cuando, disipándose las nubes, sosegándose los mares y aquietándose los vientos, amaneció la aurora, más hermosa para mí en aquel punto que lo fué para el

monarca más pacífico del universo. El sol no tardó en manifestar su bella y resplandeciente cara. Yo estaba casi desnudo y veía la extensión de los mares; pero acobardado mi espíritu con el pasado infortunio, y temeroso siempre de perder la vida en aquel piélago, no podía ver con entero placer las delicias de la naturaleza.

Aferrado con mi tabla no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algún pez carnicero, cuando en esto que oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atención y observé que se acercaban hacia mí. Es imponderable el gusto que sintió mi corazón al ver que aquellos buenos hombres venían volando á mi socorro, y más cuando, abordándose el barquillo con mi tabla, extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Ya estaba yo enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca á bajo y me hicieron arrojar porción de agua salada que había tragado. Luego me dieron unas friegas generales con paños de lana y me confortaron con espíritu de cuerno de ciervo, que por acaso llevaba uno de ellos, después de lo cual me abrigaron y condujeron al muelle de una isla que estaba muy cerca de nosotros.

Al tiempo de desembarcarme, volví en mí del desmayo ó pataleta que me acometió, y ví y advertí lo siguiente.

Me pusieron bajo un árbol copado que había en el muelle, y luego se juntó alrededor de mí porción de gente, entre la que distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacían mil preguntas de mera curiosidad; pero ninguno se dedicaba á favorecerme. El que más hizo me dió una pequeña moneda del valor de medio real de nuestra tierra. Los demás me compadecían con la boca y se retiraban diciendo: — ¡Qué lástima!... ¡Pobrecito!... aún es mozo; — y otras palabras vanas como éstas, y con tan oportunos socorros se daban por contentos y se marchaban.

Los isleños pobres me veían, se enternecían, no me daban nada, pero no me molestaban con preguntas, ó porque no nos habíamos de entender, ó porque tenían más prudencia.

Sin embargo de la pobreza de esta gente, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dió un capisayo roto, que yo agradecí con mil ceremonias y me lo encajé con mucho gusto, porque estaba en cueros y muerto de frío. Tal era el miserable estado del virrey futuro en Nueva España, que se contentó con el vestido de un plebeyo sangley, que por tal lo tuve. Bien que entonces ya no pensaba yo en virreinos, palacios ni libreas, ni

arrugaba las cejas para ver, ni economizaba las palabras; antes sí procuraba poner mi semblante de lo más halagüeño con todos, y más entumido que perro en barrio ajeno, afectaba la más cariñosa humildad. ¡Qué cierto es que muchos nos ensoberbecemos con el dinero, sin el cual tal vez seríamos humanos y tratables.

Tres ó cuatro horas habría que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto, sin saber á dónde irme ni qué hacer en una tierra que reconocía tan extraña, cuando se llegó á mí un hombre, que me pareció isleño por el traje y rico por lo costoso de él, porque vestía un ropón ó túnica de raso azul, bordado de oro con vueltas de felpa de marta; ligado con una banda de burato *punzó*,¹ también bordada de oro, que le caía hasta los pies, que apenas se le descubrían, cubiertos con unas sandalias ó zapatos de terciopelo de color de oro. En una mano traía un bastón de caña de China con puño de oro y en la otra una pipa del mismo metal. La cabeza la tenía descubierta y con poco pelo; pero en la coronilla ó más abajo tenía una porción recogida como los zorongos de nuestras damas, el cual estaba adornado con una sortija de brillantes y una insignia que por entonces no supe lo que era.

Venían con él cuatro criados que le servían con la

¹ Entre los sederos y tintoreros se llama así el color de púrpura más subido ú oscuro de la seda.

mayor sumisión, uno de los cuales traía un *payo*, como ellos les dicen, ó un *paragua*, como decimos nosotros, el cual paragua era de raso carmesí con franjas de oro, y también venía otro que por su traje me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada menos que el intérprete español.

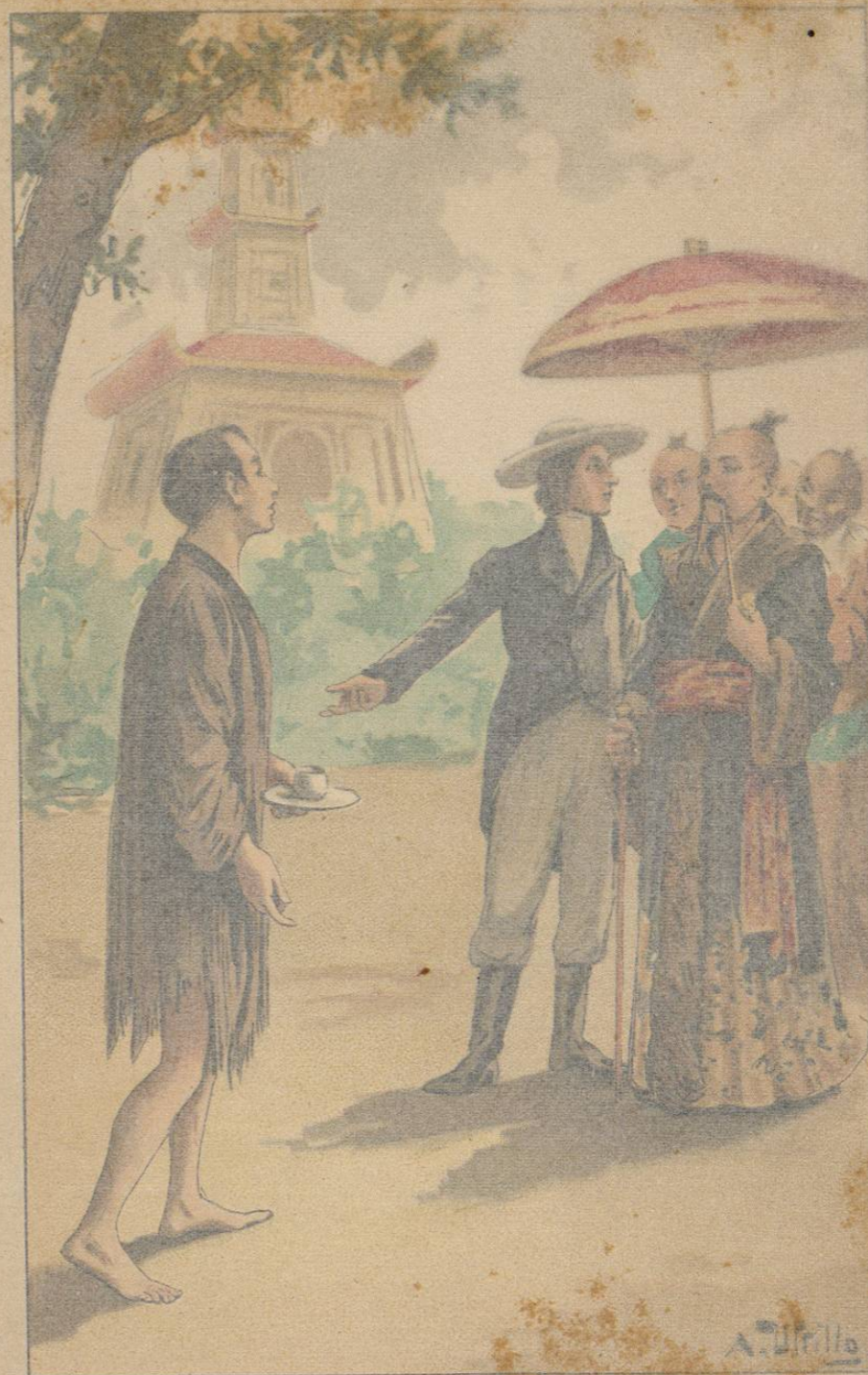
Luego que se acercó á mí, me miró con una atención muy patética, que manifestaba de á legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: — No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las islas de las Velas¹, donde hacen esclavos á los que el mar perdona. Vén á mi casa.

Diciendo esto, mandó á sus criados que me llevaran en hombros. Al instante se suscitó un fuerte murmullo entre los espectadores, que remató en un sinnúmero de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquel era un personaje distinguido, porque todos le hacían muchas reverencias al pasar.

No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué á su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera jerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente; me proveyó de alimentos y vestidos á su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro días.

¹ Por otro nombre se conocen estas islas por las de los Ladrones.



—No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las islas de las Velas, donde hacen esclavos á los que el mar perdona. Vén á mi casa.

mapa de la India, uno de los cuales era un perro, como ellos los dicen, ó un perro, como decimos nosotros, el cual paraguá era de una especie con franjas de oro, y también venía otro que por su forma me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada creí que el intérprete español.

Luego que se acercó á mí, me miró con una atención muy patética, que me hizo de á legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: — No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las islas de las Velas*, donde hacen esclavos á los que el mar perdona. Ven á mi casa.

Diciendo esto, mandó á sus criados, que me llevaran en hombros. Al instante se suscitó un fuerte tumulto entre los espectadores, que resonó en un estallido de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquel era un personaje distinguido, porque todos le hacían muchas reverencias al pasar.

No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué á su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera jerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente, me proveyó de alimentos y vestidos á su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro días.

* Por este nombre se conocen estas islas por las de las Ladrones.



—No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las islas de las Velas, donde hacen esclavos á los que el mar perdona. Ven á mi casa.